

Quinto Domingo del Tiempo Ordinario A2026

En Evangelio de hoy nuestro Señor dice: “Son ustedes la sal de la tierra”; “Son ustedes la luz del mundo”. Detrás de estas palabras nuestro señor quiere decirnos algo sobre nuestra relación con el Padre y con nuestros semejantes. Estos dos elementos, sal y luz, desempeñaron un papel muy importante tanto en la época de Jesús como hoy.

Hablemos primero de la sal. La sal se relacionaba con la pureza, la conservación y el sabor de los alimentos. Al observar su blancura, comprendemos por qué nuestro Señor dice que debemos ser la sal de la tierra.

De hecho, una de las tendencias de nuestra sociedad actual es la disminución del nivel de vida. Como cristianos, debemos presentarnos ante el mundo como personas con principios morales de pureza en lo que pensamos, decimos y hacemos, mediante nuestra honestidad, respeto al prójimo y amor de la verdad, etc.

La sal también se usaba para preservar los alimentos de la corrupción y la putrefacción. Incluso hoy, en aldeas remotas de África, donde la gente no tiene refrigerador, todavía se usa sal para evitar que las cosas se echen a perder. Cuando nuestro Señor usa esta palabra, quiere que con nuestra presencia seamos quienes impidamos que las cosas se echen a perder, se corrompan y mueran.

Además, ¿qué sería de un plato sin sal? Quienes padecen alguna afección médica saben bien que sin sal, la comida se vuelve insípida e insípida. Es cierto que si la sal pierde su sabor, simplemente no sirve. Por eso, como cristianos, debemos ser quienes marcamos la diferencia en la vida de los demás en el mundo.

Ahora hablemos de la luz. Cada uno de nosotros puede comprender fácilmente el significado de la luz. Una luz es algo que, sobre todo, se ve. Cuando nuestro Señor dice que somos la luz del mundo, quiere que seamos visibles en el mundo y no solo en la Iglesia. Nuestra influencia en el mundo debe hacerse visible por la forma en que abordamos los problemas importantes que afectan a nuestra sociedad y a nuestro mundo.

Como las luces de carretera que se usan para regular el tráfico, la luz de advertencia en el estuario de un río o la luz que se usa para iluminar una casa, como cristianos, debemos ser quienes aclaren el camino a los demás. Debemos ser quienes ayuden a otros a alcanzar su salvación poniendo sus vidas en manos de Dios. Debemos ser quienes adviertan a los demás sobre el riesgo que corren, especialmente a los más jóvenes, para que no se pierdan en el camino a la vida eterna.

Ahora bien, aquí surge una pregunta: ¿Por qué nuestro Señor está tan obsesionado con los demás? «Ustedes son la sal de la tierra»; «Ustedes son la luz del mundo»; «Que brille ... la luz de ustedes antes los hombres», dice Jesús. ¿No basta con ser sal o luz para uno mismo?

Bueno; Tras estas declaraciones de nuestro Señor se esconde la dimensión ética de nuestra fe. No se trata solo de mi salvación, sino también de la salvación de mis semejantes. Nuestra fe personal debe tener un impacto a nuestro alrededor y en el mundo. Nuestra salvación personal no puede desvincularse de la salvación de los demás. No podemos contentarnos solo con nuestra salvación mientras muchos otros

se pierden. Así como tenemos la responsabilidad de nuestra salvación personal, también tenemos la responsabilidad de la salvación de nuestros semejantes. Podemos ser para ellos una ocasión de caída o una oportunidad para su salvación, una bendición o una maldición.

Permítanme decirlo en otras palabras: somos moralmente responsables de la salvación de nuestros semejantes. Por supuesto, debemos cuidar de nosotros mismos, pero también debemos cuidar de los demás. Si no lo hacemos, nuestra búsqueda de la salvación se convierte en un esfuerzo egoísta que nos impide ser una oportunidad para quienes buscan la suya.

¿Significa esto que debemos actuar en nombre de nuestros semejantes cuando no quieren hacer nada por su salvación? En absoluto; la verdad es que, en materia de salvación, cada persona es responsable ante Dios y debe hacer lo que sea necesario para alcanzarla. Sin embargo, como cristianos, tenemos el deber, definido por nuestra fe, de ayudarnos mutuamente a alcanzar la salvación. Por eso somos como la luz y la sal del mundo. La función de la sal, en efecto, es sazonar la comida para que sea sabrosa. La función de la luz es iluminar a quienes viven en la oscuridad. Eso es lo que debemos ser para nuestros semejantes.

En otras palabras, somos como los guías que llevan a otros a conocer a Dios y a amarlo. Si no podemos hacerlo, fracasamos en la profesión de nuestra propia fe porque, en su mayoría, somos egoístas al limitar la concepción de la salvación a nosotros mismos. Es como un pobre que, trabajando duro, se ha enriquecido, pero se esfuerza por impedir que sus vecinos mejoren su situación para que no sean como él. Así, al sugerir que somos la luz del mundo y la sal de la tierra, nuestro Señor nos invita a reconsiderar nuestra confesión de fe. Quiere que tengamos un impacto real y una luz visible en quienes nos rodean y en el mundo.

Por eso nuestro señor insiste en que «dejemos que nuestra luz brille», que literalmente significa «No escondan su luz». La consecuencia de esta percepción es que debemos llevar una vida cristiana que ilumine a los demás e influya en el mundo.

Pidamos al Señor la gracia de tener presente la doble estructura de nuestra fe: la relación con Dios y la relación con nuestros semejantes. Pidámosle la valentía para cumplir con nuestros deberes espirituales hacia él sin descuidar nuestros deberes sociales hacia los demás. Que nos dé la valentía de ser la sal de la tierra y la luz del mundo para gloria de su nombre. Amén.

Isaías 58: 7-10; 1 Corintios 2: 1-5; Matthew 5: 13-16



Fecha de la Homilía: el 08 de Febrero, 2026

© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20260208homilia.pdf